

locura, abandonando para siempre en su concepto el triste oficio de asaltar á los amigos y á los conocidos para extraerles la peseta de la salvación ó un traje de medio uso con que asistir á la oficina. Para esas innumerables víctimas burocráticas, poco importaba que Juárez hubiera dado la ley de 25 de Enero de 1862 condenando á muerte á los servidores del Imperio. La ley de morir siempre de hambre era más terrible todavía. ¡Qué importan uno ó varios patibulos después de haber recibido *cincuenta pagas* sin interrupción! Valía la pena de encararse con la muerte por tal de inundarse de felicidad. Mr. Langlais, reduciendo plantas de oficinas y sueldos á la burocracia adicta á las quincenas, devolvía á la República á un buen número de hijos extraviados entre las latas de conservas y jamones de la despensa imperial.

Los agiotistas en México habían acumulado sobre doscientos millones de pesos de créditos de la deuda interior, que á lo sumo habían adquirido por seis millones. El Imperio, cuyo objeto era *arreglarlo todo*, estaba obligado de preferencia á fundar el crédito nacional, lo que no podía hacerse sin fijar un rédito y una amortización á la inmensa deuda interior. El Imperio forzosamente debía hacer subir el papel del Estado *del 3 al 50 por ciento por lo menos*; los agiotistas deberían realizar entonces por lo bajo noventa y cuatro millones de

pesos de utilidad, sobre seis. El Imperio, no habiendo arreglado la deuda interior, no había hecho marchar los negocios como se esperaba. Mr. Langlais, en su presupuesto económico, no consagraba un solo centavo á la deuda interior, ni admitía negocios de agio. Los agiotistas hicieron lo de siempre, trabajar para que se hundiese un gobierno que no les era propicio.

Según el proyecto de concordato que se discutía en Roma, la Iglesia Mexicana continuaría disfrutando de sus bienes que no hubieran sido desamortizados, es decir de todos los que logró ocultar, que fueron la mayor parte, y además, debía recibir del Estado una cantidad anual no inferior á tres millones de pesos, como compensación por los bienes desamortizados. Mr. Langlais no consideraba en su presupuesto económico el del clero, por consiguiente la gran cuestión religiosa quedaba más que nunca en pie y amenazante contra el Imperio.

Parece imposible que hombres de talento é ilustración, como Lacunza, Siliceo, Escudero y Echano y Don Fernando Ramírez, aparezcan tan diminutos como estadistas. Ninguno de ellos comprendió que el Imperio fué aceptable, sostenido, aclamado, venerado, no obstante que á todas las conciencias en México les repugnaba la monarquía, como una estación de lluvias en una comarca agrícola largos años afligida por la sequía.

El mexicano, en materia de democracia social y política, es inflexible; ni en tiempos del gobierno colonial aceptaba la arrogancia de los nobles, ni tiene naturaleza para ceder á impertinencias aristócratas. El mexicano posterior á la independencia está acostumbrado á ver en el Presidente de la República á su igual y las cortes, etiquetas, ceremonias y pantomimas palaciales las desprecia ó le ofenden. El mexicano es un patriota intransigente en convicciones, más que en conducta, y las bayonetas extranjeras causaban efectos de humillación irritante candentes, sulfúricos, en sus sentimientos, en su vanidad y en sus intereses. El mexicano había recibido trescientos cincuenta años de educación muy esmerada para aborrecer á los extranjeros, lo que fué antisocial, pero por lo mismo la sociedad mexicana repudiaba en el fondo la intervención extranjera, y si la admitía, era como el enfermo desesperado que se somete sin cloroformo á tratamientos bestiales que lo martirizan.

El Doctor Basch, no tiene derecho para asegurar en su libro que los mexicanos carecen de convicciones muy firmes en política; no es cierto; el mexicano tiene convicciones muy firmes, es exaltado, violento, intransigente, intolerante y de gran fidelidad de conciencia á sus ideales. Lo que los mexicanos no tienen firme, por falta de régimen industrial en la sociedad, es el estómago,

y en la humanidad el centro de las fuerzas humanas se encuentra en el vientre. El Imperio, en México, apareció como una nodriza con tetas como océanos espumosos para acabar con el famelismo nacional; fué por consiguiente una verdadera bandera humana, fué en apariencia una gran revolución política y social. Combatir en México, el hambre de las clases decentes equivalía á constituirles una verdadera patria. El Imperio, ya lo he dicho, se hubiera establecido si hubiera sido federalista, liberal y si se hubiera hecho cargo de dar de comer á las clases decentes mientras el desarrollo del país les proporcionaba trabajo. El Imperio sólo podía subsistir en México bajo la condición impuesta á cualquiera clase de gobierno, y era la de tener un gran presupuesto; no un presupuesto de servicios reales administrativos, sino un presupuesto de pacificación, de orfanatorio, de seducción, de altruismo, de beneficencia y de corrupción.

Pretender reducir el presupuesto del Imperio acabando con el despilfarro, era una locura, porque el despilfarro bien entendido, consistente en amparar á las clases decentes, con el presupuesto, podía hacer la monarquía soportable y durable. Hacer economías en el presupuesto del Imperio era declarar que continuaba la demacración social, sofocada bajo el desprecio extranjero. La cuestión financiera en México, no podía ser resuelta con

economías, sino con derroches hábilmente calculados.

Siempre tocó la gloria á un francés de haber definido la verdadera situación financiera de México; pero no fué una eminencia en la ciencia económica como Mr. Corta, Mr. Bonnefond ó Mr. Langlais, sino un simple capitán del ejército francés, M. Loizillon, quien con notable precisión escribía á su familia en 1866: « *Maximiliano se ha vuelto imposible, está completamente desmonetizado; es necesario que se vaya y lo más pronto mejor* (1) ».

La Intervención y el Imperio, representan la *monetización* del medio político, que se sintió removido, atraído, manejado, higiénico, por poderosas, especiales y desconocidas corrientes vivificantes de bienestar económico. *Desmonetizado* Maximiliano no podía continuar la base en que reposaba su partido. El derrumbe era inevitable. Si las eminencias moderadas que formaban el gabinete de Maximiliano desde su llegada á México hasta la agonía del imperio, hubieran sido estadistas, habrían dicho á Maximiliano: « Si el Imperio tiene por objeto también representar la miseria, no necesitamos de él; para el caso nos basta con una pantomima de República ó con un contubernio demagógico; para gobernar, aunque sea muy mal, dentro

(1) Loizillon, pág. 289.

de la penuria gubernamental, los mexicanos tenemos adquirido el primer lugar en el globo; la presencia de un Emperador nos es simplemente gravosa y nos pone en ridículo ».

..

Pero sucedió lo que debía suceder; Lacunza, sus socios y Maximiliano dieron enteramente fe á los desatinos de Mr. Langlais y la situación siguió desgarrándose á cada paso que daba. El primer genio embrollador de las cabezas de los estadistas mezclados en esta cuestión fué el Barón de Humboldt. El Barón de Pont, contestando la carta de Don José María Gutiérrez Estrada, en que este caballero le participa la muerte del padre Miranda, dice que el Archiduque se dedicó en Miramar á aprender el español, á leer la « *Historia de México* », por Don Lucas Alamán y el « *Ensayo Político sobre la Nueva España* (1) », por el Barón de Humboldt. Jauret asegura que Almonte convenció á Napoleón de la fabulosa riqueza de México con la autoridad de Humboldt (2). *L'Estafette* aseguró que Mr. Langlais había consultado igualmente á Humboldt y es probable que el Duque de Morny,

(1) De Pont á Don José María Gutiérrez Estrada, Correspondencia de Don Jesús Terán á Juárez, documento núm. 42.

(2) Jauret, *le Mexique devant les Chambres françaises*, pág. 39.

para dedicarse á robarnos millones, haya calculado sus negocios con la obra de Humboldt. Creo que si el noble y célebre Barón no hubiera exagerado una riqueza que, al cambiar el régimen industrial del mundo, tenía que convertirse en triste pobreza, Napoleón no habría sido engañado, Maximiliano hubiera permanecido Almirante de Austria, la Princesa Carlota no habría tenido motivos para que primero la enloqueciera la ambición y luego la desgracia, y no hubiera habido ni Imperio ni Intervención.

CAPÍTULO II

LA MALDAD CABALLERESCA DE MAXIMILIANO.

La expedición de México había tenido un objeto ostensible y otro oculto. Componían el objeto ostensible la necesidad de hacer efectivas las reclamaciones francesas y aprovechar los deseos monarquistas de la nación para establecer el trono de un príncipe liberal, virtuoso y capaz, que diera al mundo garantías de la reorganización de un vasto y rico país, útil á todas las naciones. El objeto oculto era cualquiera; pero estando basado en el triunfo de los confederados en los Estados Unidos y habiéndose declarado su ruina absoluta desde el 2 de Septiembre de 1864, desde esa fecha los designios ocultos de Napoleón sobre la expedición de México habían quedado completamente aniquilados. El trono de Maximiliano fué un medio para llegar á un fin oculto napoleónico, y siendo imposible éste desde que se anunció con seguridad la poderosa reconstrucción de los Estados Unidos, el *medio* no podía presentar interés para Napoleón III.

Haciendo á un lado la existencia de los Estados